

BOLIVAR Y

SIMON RODRIGUEZ

JUAN LUIS MEJIA A.

- Sub-director periódico Galaxia.
 - Profesor de Historia de Colombia y de Historia Universal.
 - Director del Taller de Escritores Biblioteca Pública Tobón.
 - Director del Departamento Jurídico en la Asociación para la Defensa del Transporte --Defencarga--.
 - Asesor Jurídico de Coltejer.
 - Actualmente es el Director de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín.
-



Simón Rodríguez



Simón Bolívar

Simón Narciso Carreño Rodríguez nace en la ciudad de Santiago de León de Caracas en el año 1771. Parece quedó huérfano de Padre a corta edad. Hay algunos indicios de un viaje a Europa alrededor de 1790 en donde se habría impregnado de las ideas románticas de la época y en especial de las doctrinas de J.J. Rousseau contenidas en el "Emilio" y en el "contrato social".

Las primeras noticias seguras de su vida las encontramos en 1791, cuando es nombrado maestro de primeras letras. El Cabildo de Caracas le asigna un sueldo anual de cien pesos. En estos momentos ha suprimido el apellido paterno. Se llama simplemente Simón Rodríguez. Algunos ven la razón en una disputa con su hermano Cayetano. Años más tarde, con su implacable ironía, relataría que nunca conoció a su padre "pero sí, a cierto Fraile a quien su madre amaba mucho". (1).

La educación en la época se limitaba, para quienes no asistían a los seminarios, a rudimentarias lecciones de gramática, latín y aritmética, dictadas en la mayoría de los casos por barberos que dictaban la lección mientras rasuraban algún parroquiano.

Don Simón está dispuesto a transformar tan rudimentarios métodos. La educación debe ser integral tal como recomienda el "Emilio". Abre las puertas de su casa a cinco discípulos a pesar de que en ella viven "su legítima mujer doña María de los Santos Ronco, con tres criadas o domésticas a su servicio; su hermano don Cayetano Carreño, la mujer de éste doña María de Jesús Muñoz, con un niño recién nacido. Don

Pedro Piñero y un sobrino de éste: cinco niños pupilos entregados por sus padres, y encargado de su educación y asistencia: e igualmente la suegra de dicho Rodríguez la de su hermano y dos cuñadas de ocho y trece años". (2).

Seguramente para redondear el salario requerido para sostener semejante familión, encontramos por la misma época a don Simón sirviendo de amanuense a don Feliciano Palacios, uno de los Patriarcas de Caracas. Rodríguez se encarga de escribir las cartas y llevar las cuentas de don Feliciano quien a su vez y por intermedio de su hijo Esteban residente en Madrid, encarga las novedades literarias de Europa con destino a su amanuense.

Tiene a su cargo don Feliciano, un nieto de corta edad, huérfano de su hija María de la Concepción y de su yerno Juan Vicente Bolívar fallecidos recientemente. El niño recibe la educación tradicional para los niños de su clase. Seguramente en casa de su abuelo conocerá ese mocetón que sirve de Secretario a don Feliciano, que lee libros extraños, y es maestro de escuela y a quien los habitantes de Caracas empiezan a mirar de reojo.

Don Feliciano no sobrevive mucho tiempo a su hija. Desde tiempo antes ve que la muerte le acecha y con diligencia prepara su testamento. En él nombra tutor y curador de los bienes de su nieto Simón Bolívar, a su hijo Esteban. Pero como éste vive en Madrid, nombra como su reemplazo a su otro hijo don Carlos Palacios y Blanco, quien efectivamente, a la muerte de su padre toma a su cargo la educación del menor.

Pero el 23 de Julio de 1794, un día antes de cumplir los doce años, el pequeño Simón Bolívar abandona la casa de su tío para ir a vivir con su hermana María Antonia, quien sostiene que su tío ha descuidado la educación de su hermano y se ha marchado a sus haciendas de San Mateo dejando a la buena de Dios a su pupilo; don Carlos replica airado, aduciendo que precisamente su ausencia se debe a la necesidad de supervigilar los bienes de su pupilo. La tenencia del niño origina un célebre pleito, gracias al cual conocemos hoy, a ciencia cierta, como Simón Rodríguez se convierte en el maestro de Simón Bolívar.

Como buenos herederos de Españoles, tío y sobrina se enfrascan en el litigio; memorial va memorial viene; se citan testigos, se hacen inspecciones, se dictan fallos y se interponen recursos; en primer plano como justificación aparece el niño Bolívar; entre bastidores sin mencionarla, la jugosa herencia y sus frutos.

Don Carlos el tío encuentra la solución salomónica: encomienda la educación al antiguo amanuense de su padre. Por lo tanto con la venia de la real Audiencia, el niño Bolívar es obligado a trasladarse a la residencia de don Simón Rodríguez. Un buen día desaparece y su hermana intenta incluirlo en el Seminario. La Audiencia exige devolver al pupilo a su maestro. Interrogado el infante sobre su preferencia, responde "que sin embargo de que antes resistía de vivir al abrigo y bajo la dirección y educación del citado su tío y curador don Carlos Palacio, que confiesa fue pura temeridad y como tal aconsejado; en el día más reflexión de el me-

por el número de maestros, su remuneración y la existencia de un programa general de educación. Termina el tratado sugiriendo la necesidad de constituir escuelas para los niños Pardos y Morenos que "será desde luego muy justo y que se rijan y gobiernen por el mismo director y en los mismos términos" (4).

jor éxito en su educación y enseñanza no sólo está pronto sino que desea con ansia el volver al abrigo y casa de su tío curador el citado don Carlos, continuando bajo las enseñanzas y direcciones de su maestro don Simón Narciso Rodríguez, el cual expresó igualmente. . . que su discípulo D. Simón se ha aplicado en tomar la mejor enseñanza y manifestando un talento y luces muy regulares . . ." (3)

Lógicamente el documento despierta desconcierto en el Ayuntamiento; es trasladado a la Real Audiencia para un estudio previo y por fin el 20 de Julio de 1795 es aprobado pues "la utilidad es notoria. El plan de reforma parece adaptarse a las circunstancias locales, y con facilidad se puede poner en ejecución" (5).

Sin embargo los críticos continúan en la oposición. Además la vida privada del maestro empieza a despertar comentarios suspicaces. Su mujer le abandona y en famosa carta le pide a su rival "Sírvese devolverme a mi mujer, porque yo también la necesito para los usos a que Usted la tiene destinada" (6). Las críticas arrecian y Rodríguez renuncia, pues no quiere "disponer del ánimo de los niños para recibir las mejores impresiones y hacerlos capaces de todas las empresas" (7).

Con esta declaración se finiquita el pleito. Simón Bolívar a partir del 14 de Octubre de 1795 queda definitivamente bajo la guarda de don Simón, quien cinco días más tarde renuncia definitivamente al cargo de maestro de primeras letras de la ciudad de Caracas.

Veamos los antecedentes de esta renuncia. Un año antes el inquieto don Simón ha presentado al ayuntamiento de Caracas un trabajo titulado "Relexiones sobre los defectos que vician la escuela de primeras letras de Caracas, y medios de lograr su reforma por un nuevo establecimiento". El documento contiene seis reparos fundamentales, cuyos títulos son:

1. La escuela de primeras letras no tiene la estimación que merece.
2. Pocos conocen su utilidad.
3. Todos se consideran capaces de desempeñarlo.
4. Le toca el peor tiempo y el más breve.
5. Cualquier cosa es suficiente a propósito para ella.
6. Se burlan de su formalidad y de sus reglas, y su preceptor es poco atendido. Por lo tanto es "Indispensable la Reforma" que propone en la segunda parte del documento.

Libre entonces de las obligaciones oficiales, el maestro se dedica de lleno a su discípulo. Por fin pueden realizar el viejo sueño Russoniano. Se deja a un lado la escuela y sus tediosas lecciones. Se lanzan al campo cumpliendo el precepto de Rousseau "es necesario que para obedecerle al alma sea vigoroso el cuerpo". El pensamiento nacional que brota a fines del siglo XVIII, representado en don Simón Rodríguez, le va en-

señando a Bolívar a descubrir la naturaleza. La humanidad se va despertando del letargo teológico. Bolívar es de los primeros americanos en descubrir la razón. En los intervalos de sus largas caminadas, Rodríguez le habla de los derechos del hombre, de la Revolución americana y francesa, y le lee las "vidas paralelas de Plutarco". Bolívar va asimilando poco a poco los nuevos conocimientos. "Dada a sus acciones esa espontaneidad tan parecida a los actos instintivos" como dice Liévano (8).

Paralela a la educación de su discípulo don Simón conspira contra el Gobierno español representado por el Capitán General. Hay rumores del encarcelamiento de un granadino acusado de traducir los "derechos del hombre". Bolívar es el presidente de los conspiradores que son denunciados por un traidor. Transcurre el año 1797. Rodríguez logra destruir los documentos comprometidos, y aunque parece que es apresado, logra huir. Termina aquí el primer capítulo de la historia común de Rodríguez y Bolívar.

Se llama ahora Samuel Robinson. En un bergantín norteamericano logra embarcarse en el puerto de la Guaira. Sus compañeros de conspiración son ejecutados o enviados a las mazmorras. Robinson empieza su peregrinaje. Primero desembarca en Kingston, donde vive algún tiempo, luego se embarca a Estados Unidos. Tiene veintiséis años y empieza a descubrir el ansiado país que se ha dado la libertad, recorre algunas ciudades y luego se instala "en

II

27

Baltimore en donde trabajé como cajista de imprenta y gané simplemente el pan. Permanecí en aquel destino durante tres años y al cuarto me embarqué con destino a Europa" (9).

Mientras tanto Bolívar es encomendado a don Andrés Bello. Pero su temperamento es del todo antagónico al de Rodríguez. Tan sólo un año dura con su nuevo maestro, comienzan los disgustos con los familiares que deciden enviarlo al aristocrático cuerpo de las Milicias del Valle de Aragua, fundada por su antepasado don Juan Bolívar. Al cabo de un año de adiestramiento regresa a Caracas con el grado de subteniente. Se inicia en los placeres de la vida mundana y muy pronto se embarca para Europa. Bien conocidas son sus aventuras en la corte de Madrid, su trágico matrimonio con María Teresa Rodríguez y Alaiza y el regreso a París luego de la muerte de su esposa.

Mientras tanto don Samuel Robinson se embarca para Europa. Desembarca en Londres donde muy posiblemente se encuentra con Francisco Miranda. Se han perdido para siempre las conversaciones de los dos conspiradores caraqueños.

En 1801, nos encontramos a Robinson fundando una escuela de inglés, francés y español en la ciudad Francesa de Bayona. El socio en esta empresa es otro espíritu aventurero de aquella época; se trata de Fray Servando Teresa de Mier aquel fraile mejicano desterrado por sostener la entidad de Santo Tomás y Quetzalcóatl. Conocemos esta etapa de la vida de don Simón, por el diario de Fray Servando.

Trasladan luego la escuela a París. Como texto hará la enseñanza del Español, Robinson traduce la novela "Atala" que acaba de aparecer en el mercado parisiense. El primero en adquirir la traducción es el propio Chateaubriand. Fray Servando en su diario pretende inculpar a Robinson el robo de la traducción que la habría hecho el propio Dominico, y hubiera aparecido como autoría de don Simón. Sin embargo es casi seguro que la traducción fué obra de este último. Aún se conservan algunos ejemplares de esta edición donde se inicia toda la literatura romántica francesa.

Poco dura la comunidad con el fraile, pues ya en 1802 no encontramos éste, se marcha a Roma. Por aquella época es muy posible que Bolívar en su primer viaje a París poco antes de su matrimonio se hubiera encontrado con su antiguo maestro, sin embargo no hay una constancia exacta de este encuentro.

Conocida es de sobra la vida de Bolívar a su regreso a París, luego de su viudez repentina. La Francia del consulado le ofrece todos los fatuos placeres que necesitará para aturdir su pena. Fanny de Villars, se encarga de hacerle olvidar a María Teresa y le enseña todo el encanto de los salones de París. Son dos años dedicados a la vana vida cortesana que acaban con su salud y buena parte de su fortuna. En uno de los salones conoce al Barón de Humboldt y su amigo Bonpland que acaban de regresar de América. Parece que el encuentro no fué nada cordial.

Es la época más difícil del Libertador, es la edad de la búsqueda de la identidad personal. Los sen-

timientos son inconstantes. La vida cortesana sólo deja vacío en el alma inquieta e indócil. Tras dos años de desorganizada vida, sólo queda el viejo maestro para sacarlo de la postración; Robinson está dedicado ahora al estudio de las leyes naturales; trabaja en un laboratorio mitad de química y mitad de alquimia muy propio de la época. Son los inicios balbucientes de las ciencias naturales. En cuanto a su pensamiento filosófico está hoy más cerca del "contrato social" que del "Emilio". Seguramente influenciado por las logias a que pertenece, su visión de la situación política americana ha variado y se ha hecho más real.

Es incierto el lugar donde Bolívar busca a Robinson; para algunos es en Viena donde posiblemente se ha radicado el maestro; para otros es el mismo París. Lo cierto del caso es que a mediados del año 1805, Bolívar recurre en busca de consuelo y de guía espiritual de su vida donde el amigo de la infancia. Robinson está embebido en los descubrimientos de las ciencias naturales y parece que poco caso le hace en un principio. Pero con su sabiduría se da cuenta de que la inactividad y el ocio están acabando con su vida. Le invita a realizar un viaje a Italia que desde hace algún tiempo tiene preparado. Parten el 6 de Julio y tan sólo el tramo París-Lyon lo hacen en coche, el resto lo harán íntegramente a pie como lo acostumbra el maestro siguiendo las normas de Rousseau, y es precisamente en "Las Charmettes" donde hacen la primera estación. Quieren rendirle homenaje al lugar donde se amaron Juan Jacobo y Madame Wares. Luego continúan el camino en dirección a Milán donde pre-

sencian la coronación de Napoleón como Rey de los Romanos. En la llanura de Montesquiari cerca a Castiglione, presencian la impresionante maniobra militar que presenta Napoleón en la cumbre de su Gloria; desde una colina Bolívar y Robinson presencian la majestuosidad de la revista y Bolívar queda impresionado de la sencillez del uniforme del corso comparadas con la brillantez de su estado mayor; así lo narra Perú de Lacroix en su diario de Bucaramanga.

Continúa luego el recorrido por la península Itálica. Rodríguez le va introduciendo en la lectura de Bacon, Voltaire y Hobbes mientras le cuenta todo el esplendor del imperio Romano. Visitan Venecia, Bolonia, Florencia y por fin llegan a Roma. Al llegar a la ciudad, Bolívar está transformado. Las ideas inculcadas por su maestro le han dado una nueva visión del mundo y de la situación de América. Como grato recuerdo de la estada en Roma, queda el juramento del Monte Aventino narrado por el mismo Rodríguez: Juro que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma hasta que no haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder Español ⁽¹⁰⁾.

Luego de la estada en Roma, emprenden el regreo a París; en Nápoles se encuentran de nuevo con Humboldt, pero poco se sabe de lo allí conversado.

Por fin regresan a Francia y Fanny de Villar encuentra a su antiguo amante totalmente transformado, pues sólo piensa en regresar a Venezuela a trabajar por su libertad; con insistencia le suplica a Robinson que le acompañe. Pe-

ro el maestro teme las persecuciones realistas en su patria.

El 22 de Noviembre de 1805, Bolívar seguramente presentado por Robinson, ingresa a la gran logia masónica de París. Así lo prueba el documento publicado por Germán Arciniegas en la revista "Correo de los Andes" ⁽¹¹⁾. Poco después parte con destino a Venezuela dejando a su maestro en tierras europeas. Termina aquí el segundo capítulo de la historia de los "Simones" como los bautiza cariñosamente la primera mujer de Rodríguez.

III

De nuevo América

Durante 17 años, Samuel Robinson recorre prácticamente toda Europa. Su continua errancia lo lleva hasta la Rusia post-napoleónica. Casi nada sabemos de este período de su vida. Es de presumir que vivió de la gran pasión de su vida: la enseñanza y en la condición normal de su existencia: la miseria. El mismo lo narra al Francés Paul Marcoy. "No os diré cómo y de qué viví durante estos viajes, pues mis padres no me habían dejado renta ni bienes al sol; básteos saber que desempeñé todos los oficios que un hombre puede desempeñar sin comprometer su decoro" ⁽¹²⁾.

La única referencia que encontramos de él, es un fugaz encuentro con don Andrés Bello en la ciudad de Londres. Precisamente desde allí emprende el regreso a América. En carta a un amigo explica las razones del regreso "Yo dejé Europa para venirme a encontrar con Bolívar, no para que

me protegiese, sino para que hiciese valer mis ideas en favor de la causa. Estas ideas eran y serán siempre emprender una educación popular, para darse a la república imaginaria que rueda en los libros, y en los congresos" ⁽¹³⁾.

A principios de 1823 desembarca en Cartagena con una mujer francesa y las valijas repletas de libros e instrumentos científicos. De inmediato toma el camino de Santa Fé pues tiene prisa de fundar la nueva escuela, que con el nombre de "Casa de Industria Pública" funda en el hospicio de Santa Fé, con doce alumnos.

Bolívar, enterado del regreso de su maestro, escribe a Santander desde Pallasca "he sabido que ha llegado desde París un amigo mío, don Simón Rodríguez: si es verdad haga usted por él cuanto merece un sabio y un amigo mío que adoro.

Es un filósofo consumado y un patriota sin igual, es el Sócrates de Caracas, aunque en pleito con su mujer.

Poco después desde Huamachuco le escribe de nuevo a Santander "Yo amo a ese hombre con locura. Fué mi maestro, mi compañero de viajes y es un genio, un portento de gracia y de talento para el que lo sabe descubrir y apreciar. Todo lo que digo yo de Rodríguez no es nada en comparación de lo que me queda. Yo sería feliz si lo tuviera a mi lado, porque cada uno tiene a su flaco. Empéñese usted por que se venga, en lo que me hará un gran servicio; porque este hombre es muy agradable y al mismo tiempo puede serme muy útil. Con él podría yo escribir las memorias de mi vida. El es un maestro que

enseña divirtiéndose y es un amanuense que da preceptos a su dictante. El es todo para mí. Cuando yo lo conocí valía infinito. Mucho debe haber cambiado para que yo me engañe. . . En lugar de un amante quiero tener a mi lado un filósofo. . .”(15). Seguramente para Santander es una fortuna la insistencia de Bolívar de tener a su lado a Rodríguez, quien ya ha empezado a escandalizar a la Parroquia con sus métodos de enseñanza; se ha alejado ya del pensamiento europeo y tiene ideas muy propias sobre la nueva educación en el suelo americano: el principio clásico es educar en oficios prácticos a los alumnos paralelamente a la educación tradicional. Con las rentas de los productos elaborados por los escolares se sostendría la escuela y produciría alguna renta. Pero en Bogotá Rodríguez tiene el primero de sus innumerables fracasos. Desengañado deja sus libros e instrumentos al doctor Miguel Peña, único que apoyó su trabajo, y emprende el camino del sur para encontrarse con su antiguo discípulo. El 18 de Agosto se embarca en Cartagena con destino a Panamá y de allí a Guayaquil. Viaja con una flotilla de 17 buques que transportan tropas de refuerzo al ejército libertador. En el trayecto una tempestad sorprende a la flotilla y la dispersa y desaparece la mujer de Rodríguez; además los soldados le roban todas las pertenencias. Indignado escribe al Libertador que “Los soldados me han dejado por mucha gracia, el pellejo, con ellos no sigo”(16). Y efectivamente decide hacer por tierra el trayecto de Guayaquil a Lima, con el título de Comisario de Guerra.

Por fin en Abril de 1825 se encuentran los dos viejos amigos.

O’Leary narra así la escena “Yo ví al humilde pedagogo desmontarse a la puerta del palacio dictatorial, y en vez del brusco rechazo que acaso temía del centinela halló la afectuosa recepción del amigo, con el respeto debido a sus canas y a su antigua amistad. Bolívar le abrazó con filial cariño y le trató con una amabilidad que revelaba la bondad de un corazón que la prosperidad no había logrado romper”(17).

Grandes debieron ser los diálogos sostenidos por los dos viejos amigos luego de veinte años de no verse. Los dos han madurado sus concepciones.

Bolívar a fuerza de golpes ha dejado de ser el romántico soldado de hace unas décadas y comprende la dura realidad política del nórdico hemisferio. Rodríguez trae la influencia económica de Saint Simón y a lo largo de los años ha elaborado todo un concepto de lo que debe ser la educación de los pueblos americanos. Sin una nueva educación no podrán existir nuevas repúblicas. . Nuevos hombres para nuevas naciones. Los conceptos europeos y americanos no pueden ser incorporados a las nuevas naciones, pretende cerrar la influencia ideológica y económica a que están sometidos los pueblos americanos. “La América no debe imitar servilmente sino ser original . . . La sabiduría de la Europa y la prosperidad de los Estados Unidos son dos enemigos de la libertad de pensar en América”. Una mentalidad parecida a la suya gobierna en esos momentos al Paraguay y ha cerrado las fronteras del país. El doctor Francia busca la identidad cultural y el autoabastecimiento de su

pueblo alejado de influencias externas.

Bolívar entiende a su maestro y lo nombra “Director e Inspector General de Instrucción Pública y Benéfica”. En la comitiva del Libertador, Rodríguez viaja por las ciudades de Arequipa, El Cuzco, Puno, Zepita, Oruro, La Paz, Potosí. En los decretos expedidos por el Libertador en este tiempo se nota la influencia de Rodríguez. Sobre todo el que se refiere al reparto de tierras y el que ordena la siembra de un millón de árboles en los nacimientos de los ríos para evitar la merma de los caudales de agua y la erosión producida por el desmonte irracional.

En Potosí escalan el cerro que tantas riquezas llevó a España y tanta miseria dejó a la ciudad. Allí Bolívar clava las banderas de las Repúblicas Americanas como ratificación del juramento del monte aventino.

Luego en compañía del Mariscal Sucre se dirigen a Chuquisaca, en donde se iniciaría el proyecto de Instrucción Pública con la fundación de una escuela Modelo. El 6 de Enero de 1826, Simón Rodríguez y Simón Bolívar se despiden para siempre. El Libertador se dirige a Lima y Rodríguez queda a órdenes de Sucre.

Con gran ilusión se inicia el proyecto que pretende reunir durante un quinquenio los niños pobres de ambos sexos con el fin de educarlos en escuelas-talleres. Se pretende educarlos en tareas elementales para formar futuros colonos, pues Rodríguez sostiene que el futuro desarrollo económico está en la colonización racional del suelo hecha por los mis-

mos habitantes del país y no por extranjeros importados para el efecto como pretendían algunos de nuestros próceres. A los varones se les instruye en albañilería, carpintería y herrería, "Porque con tierras, maderas y metales se hacen las cosas más necesarias". Las mujeres recibían instrucciones de acuerdo con su condición. A los alumnos se les proporcionaba alojamiento, vestido, alimento y medicinas. El capital empleado en la escuela debía ser productivo y cada alumno tenía su propia cuenta donde se abonaba el producto de su trabajo y se cargaba el gasto de instrucción.

Pero los métodos poco ortodoxos del maestro, entran en conflicto con la tradición y costumbres de la atrasada población. Existe la leyenda de que en cierta ocasión "Ante prejuicios párvulos, explica unas láminas anatómicas y para ilustrar mejor el buen viejo le echa mano a sus propias desnudeces . ." (18). Se incomodan también los padres de familia con la enseñanza de Zapatería y carpintería que se considera indigna. Además, por qué no se enseña religión? por qué están prohibidos los libros? por qué tienen los niños que contestar cuando se les pregunta qué están aprendiendo, que todo y nada?

Ante la situación presentada Sucre escribe desconsolado al libertador informándole sobre las ocurrencias de su maestro. Las cartas reflejan el respeto y el tacto con que el Mariscal informa a su jefe. La situación se hace insostenible y Rodríguez es retirado del cargo. Otra de las leyendas dice que don Simón ofreció un banquete a Sucre y en vez de platos se usaron orinales nuevos. (19)

De nuevo en la miseria don Simón se dirige a Oruro y de allí viaja a Arequipa donde en 1828 escribe el texto "Sociedades Americanas", compendio de su pensamiento sobre la organización de los nuevos estados americanos. La obra será ampliada y editada más tarde en Chile.

En la época del apogeo de los enemigos del libertador. Por doquier los antiguos áulicos y lugartenientes son ahora los asérrimos detractores de la obra de Bolívar. Sólo los verdaderos amigos se conservan hasta el final. Uno de ellos es don Simón, que en plena oleada anti-bolivarariana en 1830, publica el texto "El Libertador del mediodía de América y sus compañeros de armas, defendidos por un amigo de la causa social". Este Documento que circuló primero manuscrito, fué luego impreso en Arequipa. Contiene un largo discurso donde hace una tenaz defensa de la Obra de Bolívar y destruye uno a uno los cargos que se le hacían a él y a sus compañeros.

La edición de la obra, como todas las escritas por Rodríguez, está escrita en un lenguaje y en un modo peculiar, un conocido Biógrafo de don Simón, Arturo Guevara, ha escrito lo siguiente sobre tan peculiar estilo de escribir "Simón Rodríguez fué un caso típico de Psicosis crónica. En la constitución paranoica del personaje tienen origen sus dislógicas gráficas tan manifiestas que el primer golpe de vista, sorprende al lector la disposición atípica de las líneas, la desigual longitud de los renglones, cortados al azar, y el uso y abuso de los diversos tipos, que en un mismo párrafo solía utilizar, indistintamente, desde las mayúsculas, exclusivas

para ciertos usos, hasta los diminutos caracteres llamados perla, alternados con bastardilla, entredós, cíceros, media línea, etc. . . No es menos caprichosa su peculiaridad de utilizar, simultáneamente, admiración e interrogación (i?) lo mismo que usar diéresis donde se le antoja. Demasiado evidentes sus irregularidades idiomáticas, necesariamente morbosas para un filólogo de su talla . . ." (20).

Este pequeño boceto de la psicología de don Simón explica un poco el largo peregrinar que lo llevará, a partir de la muerte de su discípulo, hasta el fin de sus propios días, a recorrer a América a lo largo y a lo ancho, de la costa a la sierra, siempre errante, sin hogar, sin echar raíces en ningún lugar. Además, su eterna adhesión al libertador lo hará indeseado en cualquier lugar que pise.

Luego de publicar un estudio "del terreno de Vincocaya con el fin de desviar sus aguas por el Río Zumbai al de Arequipa" lo encontramos en Lima tratando de fundar una escuela que sirviera para formar el nuevo hombre Americano. Pero muy pronto deja la empresa, inicia la marcha, con destino al sur, a territorios no visitados. En 1834 se encuentra en la ciudad de Concepción, donde publica la primera edición de "Luces y Virtudes Sociales". En la primera parte contiene una polémica respuesta a las críticas que le han sido hechas a las "Sociedades Americanas". Encontrándose en esta ciudad lo sorprende el terremoto de 1835. La Intendencia lo nombra para que, en compañía de dos ilustres habitantes de la ciudad, inspeccione los destrozos causados por el sismo y presenten un informe sobre la recons-

trucción de la ciudad y sus alrededores.

Existe una copia facsimilar de este documento publicado por la Sociedad Bolivariana de Caracas, con ocasión del centenario de la muerte de don Simón. Luego de la estada en Concepción lo encontramos de Mayordomo de la finca de don Bernardino Segundo Pradel. Es esta época, y por la correspondencia sostenida con su patrono, sabemos que empieza a sufrir de dolencias estomacales que en último caso serán las que lo llevarán a la tumba. El pide los remedios que cree convenientes y suplica le envíen pronto su materia prima fundamental: Tinta; si ésta no se consigue al menos que le envíen los elementos para fabricarla. Pero su vida de hacendado dura poco y pronto lo encontramos en la ciudad de Valparaíso. Allí desarrollará las actividades fundamentales de su existencia; tendrá una fábrica de velas, una escuela y escribirá artículos en el periódico local.

La escuela está situada en el barrio "El Almendral" y en el mismo local funciona la fábrica de velas de sebo. En la puerta hay un letrero que dice "Luces y virtudes americanas, esto es, velas de sebo, paciencia, jabón, resignación, cola fuerte, amor al trabajo". Así mismo vive amancebado con una india de la que tiene dos hijos a los que ha puesto por nombre Choclo o Maíz tierno y Tulipán.

Por aquella época se encuentra de nuevo con don Andrés Bello, don José Victorio Lastarria, en sus crónicas, cuenta de una tarde que fué a visitar a don Andrés y lo sorprendió sacudido como por el llanto. Al acercarse se da cuenta de que no puede contener la

risa. Al indagar el motivo de semejante carcajada, descubre a don Simón, muy orondo, narrando el banquete ofrecido al gran Mariscal de Ayacucho.

En Valparaíso publica con ciertas adiciones, la segunda edición de sus "luces y virtudes americanas", además de once artículos aparecidos en el diario "El Mercurio" en Febrero de 1840. Pero pronto emprende de nuevo el camino de la errancia. De Valparaíso se dirige a Santiago y de allí se embarca con destino a Guayaquil, donde instala un consabido negocio de fábrica de velas pero ahora con una adición: Fábrica de Jabones. El negocio fracasa casi de inmediato y entonces se embarca ahora con destino al Callao y de allí de nuevo a Lima donde trata de publicar de nuevo sus "Sociedades Americanas" bajo el sistema de suscripción adelantada, la que lógicamente fracasa. Se embarca en una nueva empresa: La modernización de la extracción de la sal. Se dirige a Quito a proponerle su método al Presidente Juan José Flórez quien se muestra interesado por el nuevo sistema. Pero la situación política del Ecuador no permite concentrarse en minas de sal y el proyecto es echado al olvido.

Se dirige al olvidado pueblo de Latacunga donde se dedica a dar clases de Botánica y agricultura. El rector del colegio, reconociendo su experiencia pedagógica, le solicita redactar los reglamentos de la Institución. Con sus 74 años emprende entusiasta la misión, y en pocos días entrega sus famosos "Consejos de amigo, dados al Colegio de Latacunga". Allí replantea y resume todo su pensamiento sobre la educación en América. La columna verte-

bral del estudio gira alrededor de una premisa. "El objeto de la instrucción es la sociabilidad y el de la sociabilidad es hacer menos penosa la vida".

En Latacunga, para afrontar la miseria en que se encuentra, inicia nueva empresa: Una fábrica de pólvora y pirotecnia. Poco debía ser el consumo en las fiestas parroquiales y de los cazadores domingueros, pero don Simón pone todo su empeño en el rudimentario negocio que no tarda en volar por los aires.

Con un nuevo fracaso se dirige a Túquerres en donde es nombrado Director de Escuela Primaria. Desde la Nueva Granada los antiguos amigos del Libertador ahora en el poder lo llaman ansiosos para que se radique en su territorio. El se contenta con enviar algunos artículos que se publican en "El Neogranadino" bajo el título de "Extracto sucinto de mi obra de la educación republicana" pero desdeña la invitación a vivir en Colombia.

Se dirige de nuevo al Sur. Quito, Lima, y de allí emprende el camino a la sierra. Se dedica a hacer exploraciones y observaciones de carácter geográfico en los alrededores del lago Titicaca. Se radica en el pueblo de Azángaro donde lo sorprende el viajero Paul Marcoy. José Lezama Lima narra así el encuentro de Azángaro: "Allí lo sorprende un viajero francés, interesado en rebuscar arqueológicas por el lago de Titicaca. Detrás del mostrador para la venta de velas de sebo, una habitación que servía de alcoba, de laboratorio y de cocina. La india que lo acompaña, como para pagarle su devoción por la cultura incaica, de vez en cuando lo mira con mi-

rada inolvidable de perra maternal, y vuelve al mostrador descalza. El viajero sorprende que aquel hombre abandonado a la miseria y la serranía andina, habla siete idiomas, le da datos de etnógrafo sobre el sur del Lago Titicaca y a los ochenta años, asombra la desatada fecundia de su verba. Se muestra obsequioso brinda comida y alojamiento. Lleva la camisa sucia con el cuello arrugado, corbata deshinchada, poncho de color indefinible, que dejar ver un pecho velludo y curtido por el aire, pantalón de bayeta azul y zapatos claveteados. Brinda lo que le queda, no con afán de mostrar pobreza, sino para que no deje de acompañarlo el espíritu de la obsequiosidad . . .” (21).

El aturrido francés sale de la pocilga convencido que allí vive el mismo diablo.

Y a pesar de que don Simón sostiene en Azángaro que “Ya me queda poca vida, de qué me serviría persistir en una quimera irrealizable, rodeándome de cuidados?” no se detiene en su destino errante.

La serranía no es capaz de retenerlo y con más de ochenta años emprende el camino a Ecuador. En Quito lo encuentra el historiador Manuel Uribe Angel, quien por intermedio de Monseñor Pedro Antonio Torres logra una entrevista con el viejo don Simón. Al hacer la presentación Monseñor Torres manifiesta el placer de presentarle al maestro del Libertador. Rodríguez que no ha perdido su eterna ironía, contesta que “fuera de ese tengo algunos títulos para pasar con honra a la posteridad”.

De Quito se dirige a Ibarra donde se hace hortelano. En una de sus

últimas quimeras, alquila una pequeña finca donde él mismo cultiva hortalizas.

De su antiguo pasado sólo conserva dos deteriorados retratos de Bolívar y Sucre que penden de una pared de la humilde choza. Todo hace pensar que ha escogido el Bucólico lugar para terminar sus días. Pero quién sabe que fuerza incontenible lo hace emprender de nuevo el camino. Hasta el final sigue firme en su lema “yo no quiero parecerme a los árboles que echan raíces en un lugar, sino al viento, al agua, al sol, a todo lo que marcha sin cesar. Y es en Guayaquil su próximo destino. Llega a la ciudad con el único bien que posee: un baúl con sus manuscritos, la mayoría de ellos inéditos. Infructuosamente busca algún editor para su obra. Decepcionado deja sus escritos en la ciudad guardando la remota esperanza de que algún día sean publicados. Pero los documentos pasan de mano en mano sin llegar a escuchar el traqueteo de la imprenta. El incendio que arrasa la ciudad en 1896 da buena cuenta de los manuscritos que se pierden para siempre.

En lamentable estado de salud y en la más completa miseria don Simón Rodríguez emprende su último viaje. En una balsa de las utilizadas en el río Gauyas, se embarca con destino al Callao, donde es recibido por doña Juana Barrientos, vieja amiga que viene a ser el último sostén de su vida. Pero el destino de Robinson está marcado: Hasta lo último será un viajero. Será el eterno extranjero. Doña Juana tiene propiedades que debe cuidar en el lejano pueblo de San Nicolás de Amapote. Es incapaz de dejar a su viejo amigo en tan lamentable es-

tado y se embarca con él en busca de sus propiedades.

Antes de llegar a su destino, hacen escala en el pueblo más próximo: Paita, último puerto a que arriban los buques balleneros antes de embarcarse a buscar su presa en los mares antárticos. Paita es un caserío miserable ubicado entre la sierra y la playa. Allí desembarca la extraña pareja formada por doña Juana y el viejo Simón. Se dirigen a una destaralada choza en la que pende un aviso que dice “Tobacco. English Spoken. Manuela Sáenz”. El círculo se cierra definitivamente. Las dos personas que estuvieron más cerca del alma del libertador, se encuentran al final de sus vidas.

Manuela no puede salir a recibirlos pues hace algún tiempo tiene reducida su vida a la hamaca, debido a una caída que le fracturó la cadera. Su humilde existencia se ha reducido a la venta de tabaco, bordados y confites y a las esporádicas visitas de exóticos viajeros. Cuenta que hace poco pasó por allí un aventurero italiano llamado Garibaldi. Debido a un motín a bordo del buque en que viajaba, desembarco un joven norteamericano con quien tuvo largas conversaciones. Si no recuerda mal el joven se llamaba Hernán Melville.

Pero seguramente la conversación giró sobre los mutuos recuerdos del hombre inolvidable para los dos. Serían largas charlas marcadas por el escepticismo de los viejos. Manuela le pide que se quede pero don Simón se resiste. Aún tiene fuerzas para seguir el camino. Al despedirse le dice “Me voy, Manuela, porque dos soledades no se hacen compañía . . .” (22).

A seis leguas de Paita se encuentra San Nicolás de Amapote. Extremadamente duro debió ser para el anciano su último trayecto. Tiene 83 años y su salud está definitivamente derrotada. Es alojado en la casa de doña Fermina Benítez pues la casa de doña Juana está en lamentable estado. Entre las dos mujeres atienden los últimos días del anciano que se encuentra postrado en el lecho. Su muerte se produce el 28 de Febrero de 1854. El mismo ha escrito su epitafio:

*“Pocos hombres habrán habido
que hayan merecido menos
el desprecio que yo
ni que hayan sentido más
la ingratitud.
Quédense mis huesos en paz”.*

BIBLIOGRAFIA

1. Emil Ludwing, **Bolívar, Caballero de la Gloria y de la Libertad**, (Buenos Aires, Editorial Losada, S.A., tercera edición, 1958), p. 16.
2. Simón Rodríguez, **Consejos de Amigo dados al Colegio de Latacunga**; introducción y notas de Arturo Guervara, (Caracas, Imprenta Nacional, primera edición, 1957) p. 28-29.
3. *Ibid.* p. 38.
4. Simón Rodríguez, **Escritos de Simón Rodríguez**; introducción de Arturo Uslar Pietri, (Caracas, Imprenta Nacional, primera edición, 1954) p. 27.
5. Simón Rodríguez, **Consejos de Amigo**. op. cit. p. 24.
6. Emil Ludwing, op. cit. p. 17.
7. Simón Rodríguez, **Escritos**. op. cit. p. XIV.
8. Indalecio Liévano A., **Bolívar**, (Ministerio de Educación, Departamento de Publicaciones, primera edición, 1976), p. 23.
9. Simón Rodríguez, **Consejos de Amigo**. op. cit. p. 81.
10. Indalecio Liévano A., op. cit. p. 49.
11. Germán Arciniegas, **Revista Correo de los Andes**, Vol. 2 No. 2, p. 31-32.
12. Simón Rodríguez, **Consejos de Amigo**. op. cit. p. 9.
13. Simón Rodríguez, **Consejos de Amigo**. *Ibid* p. 92.
14. Simón Rodríguez, **Escritos**. op. cit. p. XXIV.
15. Simón Rodríguez, **Escritos**. *Ibid* p. 92.
16. Simón Rodríguez, **Consejos de Amigo**. op. cit. p. 94.
17. Simón Rodríguez, **Consejos de Amigo**. *Ibid* p. 96.
18. José Lezama Lima, **La Expresión Americana**, (Madrid, Alianza Editorial, 1969, primera edición), p. 106.
19. Emil Ludwing. op. cit. p. 239.
20. Simón Rodríguez, **Consejos de Amigo**. op. cit. p. 49.
21. José Lezama Lima. op. cit. p. 106.
22. Arturo Guervara, **Espejo de Justicia**, (Caracas, Imprenta Nacional, 1954, primera edición), p. 64.